

Giséle Sapiro (dir.)

**L'espace intellectuel en Europe.
De la formation des États-nations à la mondialisation XIX-
XXI siècle**

París: La Découverte, 2009

¿Es posible un diálogo racional entre agentes pertenecientes a diferentes espacios intelectuales nacionales? ¿Cuáles son las condiciones que están implicadas en la lectura y apropiación de una obra producida en un contexto de producción distinto del contexto de recepción en el que se lee? Y de modo más paradójico aún ¿Qué significa reseñar un libro y qué interés lleva al autor de una reseña a escribirla? No se trata, aquí, de un mero juego de palabras, sino de mostrar algunas de las complejas e interesantes cuestiones que se plantean o pueden plantearse al hilo de la obra que reseñamos y en la que sus autores tratan de construir, desde una perspectiva de ciencias sociales, un modelo de inteligibilidad que nos permita comprender de otra manera estos fenómenos que forman parte de la «vida ordinaria» del mundo intelectual.

En efecto, esta obra colectiva, dirigida por Gisèle Sapiro (actual directora del CESSP-Paris -Centre Européen de Sociologie et Science politique de la Sorbonne-) y que recoge algunos resultados de trabajo del equipo de investigación asociado a la red ESSE (Pour un Espace des Sciences Sociales Européen), persigue un objetivo bastante ambicioso: llevar a cabo un análisis socio-histórico del espacio intelectual europeo desde la Edad Media hasta nuestros días. Un proyecto que hay que concebir como un estudio de caso particular encuadrado en el marco más amplio del programa que delineó Pierre Bourdieu acerca de una ciencia de la circulación internacional de las ideas. Ahora bien, dicho objetivo, lejos de ser puesto en marcha a partir de una serie de recetas simples o excesivamente rígidas, es abordado en el libro con una metodología acorde a la amplitud del mismo: se trata de una propuesta multidisciplinar que incluye trabajos de diversos ámbitos como la historia, la sociología o la ciencia política. Además, a esta diversidad de enfoques se le añade un cierto «politeísmo metodológico»: en él encontramos acercamientos cuantitativos y cualitativos al objeto, usos tanto de una perspectiva sincrónica

como diacrónica en los estudios de caso, así como de aplicaciones tanto de una perspectiva comparativa como de una más monográfica. Esto, sin duda, ofrece una visión más enriquecedora de la problemática, pero quizás hace difícil intuir en ocasiones la articulación y coherencia de una propuesta tal, algo que se ve acrecentado por la naturaleza colectiva de la obra.

El libro se abre juiciosamente -ya que permite al lector comparar el marco teórico del que se parte con los resultados y las reflexiones surgidas de su aplicación empírica- con la conferencia que Pierre Bourdieu pronunció en la universidad alemana de Freiburg en 1989 y que lleva por título *Les conditions sociales de la circulation internationale des idées*. Este discurso ya había sido objeto de edición en lengua francesa y, por fortuna, también ha sido traducido en varios idiomas: en español contamos con una versión realizada por Alicia Gutiérrez en *Intelectuales, política y poder* (1999) y el público anglosajón puede encontrarla en *Bourdieu: a Critical Reader* de Richard Shusterman (1999), donde el propio Bourdieu decidió publicarla a modo de «epílogo» a los textos que, sobre su obra, habían publicado allí autores norteamericanos de la talla de Judith Butler, Charles Taylor o Hubert Dreyfus y Paul Rabinow. Anécdota que nos da una idea de la importancia que Bourdieu asignaba a los problemas que planteaba en este discurso oral.

Precisamente, la lectura de dicha conferencia posibilita al lector familiarizarse con varias de las ideas que indiscutiblemente han servido de fundamento al programa que se pone en marcha en el resto del libro. Entre estas ideas, cabe destacar al menos dos aspectos generales que están implícitos en el programa, así como los principios metodológicos fundamentales que rigen el proyecto en general y que ya aparecían esbozados en el discurso de Bourdieu. En primer lugar, como punto de partida de todo el entramado teórico, encontramos una visión «pesimista» de la vida intelectual y de los intercambios culturales: estos no estarían caracterizados por el diálogo racional entre sus participantes, sino que estarían sujetos a varias formas de «miseria intelectual» -toda clase de imperialismos y de prejuicios simplistas, nos señala Bourdieu- que condenan inevitablemente a los implicados a una suerte de malentendido estructural y a múltiples formas de incompreensión. Ahora bien, a este pesimismo inicial le corresponde, como contrapunto, una forma de optimismo científico que también es patente en el discurso de Bourdieu, así como en las aportaciones restantes del libro: le correspondería a una ciencia de la circulación internacional de las ideas tanto el papel de instrumento de liberación de dichas formas de miseria intelectual (conocer científicamente los mecanismos que las producen aumenta la probabilidad de evitarlas) como el de primer paso y apoyo desde el cual

contribuir a la construcción de ese espacio internacional de diálogo racional más allá de los particularismos intelectuales nacionales. Esta voluntad y deseo de carácter político, claramente internacionalista, es quizás una de las marcas más evidentes de toda la empresa recogida en las aportaciones que encontramos en los capítulos del libro (la cual será sin duda uno de los elementos que más atraiga a algunos lectores y disguste a otros). Por último, y más allá de estas características generales, merece la pena señalar la síntesis, que nos ofrece la propia Gisèle Sapiro en la introducción al conjunto, de los principios metodológicos básicos en los que ha de enfocarse una ciencia social que quiere comprender las formas de tales intercambios intelectuales y que se resumen en tres momentos claves para el análisis de todo intercambio cultural: en primer lugar, la necesaria reconstrucción (socio-histórica) del espacio intelectual de referencia y, especialmente, la reconstrucción del espacio de recepción (con sus *enjeux* intelectuales específicos y sus propios principios de visión y división del mundo intelectual, con los que se interpretan los hechos culturales que provienen de otros campos intelectuales); en segundo lugar, el análisis ha de centrarse en las modalidades en las que se da una transferencia cultural entre tales espacios, que puede ser a través de los textos (lo que invita al análisis de las lógicas de la mediación, especialmente la traducción -quién es traducido y quién no, por qué editoriales, etc.-) o que puede realizarse a través de personas (se aboga, por ejemplo, por el análisis de las políticas internacionales de becas y estancias de investigación e intercambio cultural); por último, la cuestión del espacio transnacional en el que se dan dichos intercambios, siempre situados en el marco de relaciones internacionales de carácter normalmente asimétricas y jerarquizadas.

Pero este libro no es precisamente un compendio al uso de cuestiones teóricas y, tras estos primeros textos de marcado corte teórico (que solo ocupan una décima parte del total), el resto del volumen presenta diversos capítulos en los que encontramos distintas aplicaciones empíricas del programa propuesto, aunque no faltan las reflexiones teóricas intercaladas en ellas. Estos capítulos están repartidos en tres partes principales, cuyo principio de organización es a la vez temático (campos de producción intelectual específicos) y cronológico (épocas distintas, presentadas en un orden lineal tradicional desde el pasado hasta nuestra actualidad). Así, la primera de estas partes tiene como hilo argumental el proceso histórico de constitución de un espacio intelectual europeo, que arranca con la construcción de la red de universidades europeas medievales en el siglo XII. Lo que nos muestra, en primer lugar, la aportación de Victor Karady son las difíciles condiciones de asentamiento de dicho espacio europeo y el lento

proceso de diferenciación y autonomización (con sus momentos álgidos y con sus momentos de debilitamiento, algo que no conviene nunca olvidar para escapar de la tentación «teleologista» que acecha a toda explicación histórica) y del que podemos destacar cuatro puntos de referencia: la Edad Media, época caracterizada por la relativa unidad e integración del espacio intelectual europeo en torno a una lengua común -el latín- y a una red universitaria con un alto grado de homogeneidad, que permitió la existencia de intercambios intelectuales bastante frecuentes; la complejidad que introducen el Renacimiento y la Reforma, con la fragmentación del espacio universitario entre el Norte protestante y el Sur católico; la Revolución Científica del XVII y XVIII y el proceso de emergencia de instancias intelectuales relativamente independientes de los poderes temporales como la Royal Society inglesa o la Academie Française; finalmente, hasta llegar al proceso de nacionalización y creciente estatalización de las principales instancias intelectuales (especialmente, el sistema educativo) en el XIX. A partir de la década de los sesenta del siglo XIX, sin embargo, el retrato histórico de la vida intelectual europea que nos presentan los siguientes capítulos de Christophe Charle, Gisèle Sapiro, Anna Boschetti e Ingrid Gilcher-Holtey es bien distinto: en primer lugar, nos encontramos con un momento de consolidación y expansión de la vida intelectual en torno a 1860 que alcanza niveles desconocidos en épocas anteriores y que es producto, entre otras cosas, del crecimiento de la escolarización y del mercado de bienes simbólicos (aumento del número de publicaciones, de las tiradas y, claro está, de la demanda); en segundo lugar, un periodo de un cierto internacionalismo surgido de la terrible experiencia de la Gran Guerra que se manifiesta tanto en lo institucional, con la creación de organizaciones internacionales de defensa de los intereses de las profesiones intelectuales (la Confédération des travailleurs intellectuels o la Comisión de cooperación intelectual de la Sociedad de Naciones, por ejemplo), como en los «enjeux» ideológicos propiamente dichos, ahora de marcado alcance transnacional (como la cuestión del fascismo y el antifascismo); finalmente, el período posterior a la II Guerra mundial, caracterizado por la estabilización de las relaciones internacionales -asimétricas- de la cultura (se destaca, por ejemplo, la hegemonía ejercida por París, especialmente en el plano de la literatura) y la consolidación, contestación y principio del fin del modelo de intervención política del «intelectual crítico».

Tras esta visión socio-histórica de conjunto que encontramos en la primera parte, el resto del libro dirige su mirada a dos ámbitos específicos de ese espacio intelectual europeo, a los que se dedican sendas partes: el campo literario, por un lado, y las ciencias sociales y humanas, por otro. La problemática que nos

plantean estos capítulos del libro dedicados a ambos dominios es la siguiente: ¿podemos hablar de un espacio propiamente europeo, tanto en lo literario como en las ciencias sociales y humanas? Y, si la respuesta es afirmativa, ¿cómo estudiarlos?, ¿qué aspectos cambiaría este hecho de nuestra concepción actual de tales dominios del saber y la cultura? La respuesta que se nos presenta de manera general en esta parte de la obra es la de una apuesta, matizada y con ciertas salvedades, por una perspectiva transnacional o, mejor aún, la de la voluntad de situarse en la tensión entre lo nacional y lo transnacional, tanto en lo que se refiere a la forma de concebir tales espacios intelectuales como en la cuestión propiamente metodológica de las herramientas conceptuales con las que llevar a cabo su estudio.

Aclaremos un poco más esta propuesta que parece tan sugerente. El punto de partida de los trabajos que constituyen la segunda y tercera parte del libro es precisamente el reconocimiento de la importancia de lo nacional tanto en términos diacrónicos (en la historia europea del último siglo en su conjunto, incluyendo la actualidad) como en términos sincrónicos (ocurre tanto en lo literario como en las ciencias sociales y humanas). En la perspectiva del tiempo largo porque la literatura, como han mostrado una amplia cantidad de estudios (de entre los que cabe recomendar la visión de conjunto sobre el caso europeo que ofrece Thiesse, 2010), jugó un papel fundamental en la construcción de las identidades nacionales correlativa al surgimiento del Estado-Nación. Por su parte, las ciencias sociales y las humanidades son también, desde esta perspectiva, un caso similar al de la literatura: estas ciencias se desarrollaron principalmente como "ciencias del gobierno" -vinculadas a las necesidades administrativas de los nacientes estados, aunque de forma específica según la particularidad de la organización estatal de cada país-, tal y como se ha demostrado en algunas investigaciones (de las que se recomienda, privilegiando una vez más las visiones generales, Wagner, 1991 y Rueschemeyer y Skocpol, 1996) que señalan la importancia que las estructuras estatales propias han tenido en el desarrollo de cada tradición nacional. En cuanto a la cuestión de lo nacional en la actualidad, lejos de observar un declive absoluto, el peso de las instancias nacionales sigue siendo relevante en ambos dominios: por ejemplo, en las humanidades y las ciencias sociales es, tal y como muestran (con datos empíricos obtenidos mediante el análisis secundario de diversas fuentes) tanto el capítulo de Johan Heilbron como el que escribe en colaboración con Yves Gingras, todavía bastante significativo el papel de las revistas científicas de procedencia doméstica en cada país, las cuales mantienen en gran medida un carácter fundamentalmente «nacionalista», tanto en lo que se refiere a la oferta -los

autores que escriben son mayoritariamente del mismo país- como a la demanda - el ámbito de influencia de las mismas suele ser el público nacional-. Todo ello a pesar de que hemos asistido a un cierto crecimiento de la colaboración internacional en materia de investigación en estas disciplinas (especialmente entre países europeos y los EE.UU; en menor medida, entre los propios países europeos), pero que aún no alcanza niveles suficientes de «internacionalismo».

Ahora bien, esta visión centrada en lo nacional (por otra parte, dominante en las investigaciones que tienen por objeto la vida intelectual, mayormente limitadas al contexto de lo nacional) revela ciertas insuficiencias como dispositivo heurístico único. La primera de ellas, quizás la más obvia, es la existencia de espacios culturales que no se corresponden con los límites del Estado-Nación. Esto sucede tanto hacia el exterior, como es el caso de las «áreas lingüísticas», de las que es ejemplo la que forman en territorio europeo Francia, Bélgica y la Suiza romanda -caso que los franceses tienden a tener muy en cuenta-; como hacia el interior, caso de algunas comunidades particulares con expresiones culturales propias tal que la literatura gallega o vasca en el ámbito del territorio español. Sin embargo, una segunda insuficiencia parece aún más relevante, a nuestro juicio y en virtud del lugar privilegiado que se le otorga en algunos capítulos de la obra: la existencia de un contexto de relaciones internacionales de intercambio entre naciones, frecuentemente ignorado desde una óptica estrechamente reducida al «nacionalismo metodológico». Para ver la importancia de este espacio transnacional, bastaría aquí con mencionar el paradigmático ejemplo de la oposición decimonónica, convertida hoy en lugar común de la historia del pensamiento sociológico, entre la Escuela francesa de sociología y la Tradición alemana de sociología, oposición que adquiere una nueva luz, como nos sugiere el propio Heilbrun en uno de los capítulos por él redactados, si se tienen en cuenta ciertos rasgos definitorios de la coyuntura internacional (política y económica, pero que es también cultural) en el momento de su configuración, como son el aumento de las tensiones y rivalidades entre las naciones europeas (correlativas en el tiempo con el surgimiento de los movimientos nacionalistas de masas). Así, puede comprenderse que estas relaciones de carácter internacional han podido jugar un papel en la configuración misma de las tradiciones nacionales de pensamiento social.

Este espacio transnacional, como bien hemos ido sugiriendo, (y no resulta baladí que en varias de las aportaciones presentes en el libro se haga referencia explícita y se apele a la obra de Immanuel Wallerstein y a su teoría de los sistemas-mundo), aparece como profundamente jerarquizado, según esta nueva mirada acerca de las relaciones de intercambio intelectual. Tales relaciones, lejos de

responder a una lógica del diálogo entre iguales, son, por el contrario, bastante desiguales. Una buena muestra de ello la aporta otro de los objetos que han sido ampliamente abordados en la obra que reseñamos (y que constituye hoy una de las líneas de investigación más visibles en el CESSP): el caso de la traducción, uno de los más fundamentales mecanismos en el proceso de intercambio internacional de ideas. En efecto, en un capítulo dedicado a la traducción, Gisèle Sapiro (para ampliar más acerca de la traducción, véase Sapiro, 2009) muestra que las lógicas que gobiernan los procesos de traducción son fundamentalmente asimétricas, tanto en el polo de producción restringida del mercado de la traducción (donde se imponen estructuraciones políticas y de capital simbólico - desigualmente distribuido entre los países-) como en el polo de producción ampliada (claramente dominado por la industria de la traducción norteamericana).

En definitiva, estamos ante una obra de la que no se puede dudar su valor. Para los lectores menos familiarizados en cuestiones de este ámbito, una ventaja no menor de esta obra es la de ofrecer un compendio sintético acerca de una línea de investigación sin duda apasionante, a pesar de que esta publicación lleve la marca del «work in progress». Por su parte, también podrían obtener bastante provecho aquellos que pudieran estar interesados o intrigados por conocer nuevas direcciones en las que se continúa actualmente la empresa sociológica de Bourdieu. Finalmente, para aquellos lectores más familiarizados en estos temas o más proclives a las reflexiones más generales sobre las ciencias sociales, no se puede negar el interés del libro por las cuestiones sustantivas que plantea, muchas de ellas imprescindibles en el marco de la pregunta por cuál puede ser, en pleno siglo XXI, el valor y el sentido de las ciencias sociales y su aportación a las sociedades en las que vivimos.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, P. (1999): *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba.
- RUESCHEMEYER, D. y SKOCPOL, T. (1996): *States, social knowledge, and the origins of modern social policies*, Princeton, N.J, Princeton University Press.
- SAPIRO, G. (2009): *Les contradictions de la globalisation éditoriale*. París, Nouveau monde.
- SHUSTERMAN, R. (1999): *Bourdieu: A critical reader*, Oxford, Blackwell Publishers.
- THIESSE, A.-M. (2010): *La creación de las identidades nacionales: Europa: siglos XVIII-XX*, Madrid, Ensenada de Ézaro.

SOCIOLOGÍA HISTÓRICA (SH)

WAGNER, P.; WEISS, C. H.; WITTROCK, B.; WOLLMANN, H. (dirs.) (1991): *Social sciences and modern states: National experiences and theoretical crossroads*, Cambridge, Cambridge University Press.

Yeray Zamorano Díaz
Universidad Complutense de Madrid